

www.elboomeran.com

Las aventuras de Barbaverde

CÉSAR AIRA



MONDADORI

Barcelona, 2008

EL GRAN SALMÓN

I

La recepción del viejo hotel Savoy de Rosario, una mañana ajetreada de un día de semana (época cercana al presente). Un joven se había acercado al mostrador y esperaba el momento de poder intercalar una pregunta, con una mezcla de impaciencia e incertidumbre. El empleado del hotel, un hombre mayor, hablaba con una pareja de pasajeros con las valijas, que tanto podían estar llegando como marchándose. Una mujer más joven, que debía de ser la telefonista, charlaba en un rincón con un hombre de traje azul. El joven se preguntaba si debía interrumpir. Lo habría hecho en otras circunstancias, pero esta vez temía que pudiera llegar a necesitar de la buena voluntad del personal del hotel, y no quería ponérselo en contra. Le molestaba que a sus espaldas hubiera más gente, otros pasajeros probablemente, charlando y quizá esperando turno también. La situación se complicó cuando entraron dos hombres de portafolios, se abrieron paso hasta el mostrador y se dirigieron a la mujer en confianza, como conocidos, y se pusieron a hablar con ella. Empezó a desesperar de poder hacer su pregunta, que por lo demás no tenía nada especial: sólo quería saber si estaba alojado allí el famoso Barbaverde, al que le habían mandado entrevistar. Claro que si la respuesta era afirmativa tendría que pedir que lo anunciaran, y darse a conocer y explicar su cometido. No era tan simple, y en realidad no sabía cómo se hacía. Estaba improvisando, o mejor dicho esperando para empezar a improvisar.

Aldo Sabor era en realidad muy joven, aunque no tanto como parecía. Delgado, torpe y nervioso, tímido, con un rostro

inexpresivo y como ausente (tenía más que una gota de sangre oriental), se lo habría tomado por un niño, o un adolescente en proceso de crecimiento. Había pensado que este aspecto podía serle útil en su nuevo empleo, si sabía sacarle el debido provecho; pero sabiendo lo lento que era sospechaba que el tiempo que le llevaría aprenderlo sería el mismo tiempo que lo transformaría en un adulto que pareciera adulto. Aunque nunca se podían calcular de antemano los trabajos del tiempo.

Por lo pronto, la experiencia le había enseñado a no sentirse un adolescente. Pues desde que se graduara años atrás en la Facultad de Humanidades había estado dando clases en colegios, y el contacto cotidiano y fastidioso con chicos que eran de verdad lo que él sólo parecía le había mostrado con creces cuánta diferencia había entre ellos y él. De hecho, la percepción cada día más insoportable de esas diferencias era lo que a la larga lo había llevado esa mañana al hotel Savoy.

Cansado de impartir las clases de lengua y literatura a alumnos cuyo hastío comprendía y se le contagiaba, Sabor había estado atento a cualquier posibilidad laboral que se presentara. Cuando al fin se presentó no dudó en saltar sobre ella. Sobre todo porque no era una oportunidad cualquiera sino una que lo llenaba de expectativas: se abrió una vacante en el plantel de reporteros del periódico local, y la recomendación de un amigo hizo el resto. No era un puesto muy codiciado, salvo por él. Sintió que de pronto, mágicamente, pasaba al mundo de la realidad, y abandonó las aulas como quien sale de un mal sueño.

Claro que en su estadio de iniciación periodística no podía pretender asignaciones muy emocionantes. Pero no hacía distinciones por ese lado. Salir a buscar una información, y después ponerla por escrito, se le aparecía como una tarea rica en sí misma, una mezcla de la artesanía de la observación y la magia del azar. La primera mañana, cuando desayunaba, su madre le advirtió que lo más probable era que lo mandaran a tomar nota del reclamo de cloacas en algún barrio, o a cubrir la inauguración de una sala en un hospital. Podría haber sido así, y seguramente sería así mañana o pasado, y lo habría hecho con la misma curiosidad y buena disposición del novato ingenuo. Pero su primera misión, por una insólita fortuna, lo llevó a la aventura, a la felicidad, y al amor.

Se había producido un hueco frente al mostrador de la recepción, pero no supo aprovecharlo porque en ese momento se dio cuenta de que no había preparado la pregunta. No es que hubiera mucho que preparar, pues sólo debía averiguar si estaba Barbaverde y si aceptaba verlo para responder un par de interrogantes sobre su presencia en Rosario... Aun así, se le ocurrió que había una diferencia entre decir directamente «¿Está el señor B.?» y empezar con «Soy del diario *El Orden* y vengo a...». La momentánea vacilación bastó para que se colara delante de él una mujer que con un cantarín «Buenos días» captó toda la atención del empleado.

La molestia de sentirse burlado lo hizo volver a la realidad, y su atención fue recompensada con la sorpresa de que la mujer, a la que seguía viendo de espaldas, hacía la pregunta que debía haber hecho él:

—¿El señor Barbaverde, por favor?

El empleado la miró en blanco un largo momento:

—¿Quién?

Su propia pregunta anunciaba algo así como «No, aquí no hay nadie con un nombre tan absurdo. Esto es un hotel, no un circo». Sabor se alegró de no haber sido él quien rompiera el hielo. La mujer miró a su alrededor, con un involuntario gesto de irritación y vergüenza (en efecto, todos la estaban mirando) y entonces Sabor pudo verle el perfil y ver que era una chica joven, muy linda. Con una sonrisa de perdonavidas, el empleado había condescendido mientras tanto a mirar el registro, una planilla manuscrita, y anunció:

—Trescientos once. Barbaverde.

Otra vez su pronunciación era irónica. Resultaba extraño que si el nombre le parecía tan ridículo no lo hubiera registrado antes y no supiera que lo tenía alojado en el hotel. Quizá el famoso aventurero había llegado por la noche, lo había atendido otro empleado, y la joven era la primera que venía a preguntar por él.

—¿Puedo hablar con él, por favor? —Señalando con el mentón, ofendida, el teléfono.

—¿De parte de quién?

—Karina del Mar.

El hombre marcó el número de la habitación. Sabor seguía sus movimientos con la misma atención con que había seguido el intercambio anterior, y se preguntó si no sería el momento de intervenir diciendo que él también lo buscaba. No tuvo tiempo de hacerlo porque el teléfono ya volvía a la horquilla:

—No contesta.

—Habrás salido...

Una mirada al gran casillero de la pared del fondo, mirada que siguieron todos los presentes:

—No. La llave no está.

Una impasse. Antes de que alguien preguntara por el horario del desayuno, o pidiera un taxi, y el movimiento de la recepción se reanudara como antes, la empleada al costado dijo «Está», como si hubiera sabido todo el tiempo que Barbaverde estaba en su habitación. Pero no hubo más explicaciones.

La joven se retiró del mostrador, con el gesto y los pasos inciertos del que no sabe cómo siguen las cosas, y Sabor tras ella.

—Señorita... —Ella se dio vuelta y lo miró, con una sonrisa prometedor. Una sonrisa de sumo encanto, que Sabor admiró debidamente, junto con el resto de la persona, que por primera vez veía de frente. Venciendo la distracción, siguió—: Yo también había venido a buscarlo. Estaba esperando a preguntar por él... Usted se me adelantó.

La sonrisa se desvaneció a medias. Seguramente al oírlo llamarla había esperado alguna rectificación al desencuentro; quizá había esperado encontrarse cara a cara con el mismo Barbaverde. Como sea, no dijo nada, y Sabor se apresuró a aclarar:

—Me mandaron del diario a hacerle una entrevista. No sé si esperarlo...

Ella puso cara de «no esperes que yo resuelva tus dudas», pero fue evidente que la mención del «diario» le había interesado (el periodismo era la llave que abría todas las puertas, pensó Sabor) porque después de una breve reflexión propuso:

—Podemos probar dentro de un rato.

—Yo no tengo nada que hacer, y al fin de cuentas si no lo veo da igual. No sería la primera vez que se inventa una entrevista.

Ella respondió con una risita de compromiso, mientras su mirada recorría el reducido lobby del Savoy, que en realidad era

poco más que un rincón, con dos desvencijados sillones de cuero (ocupados), y la escalera que desembocaba a centímetros de la puerta de calle. Todo estaba apretado, como si el tiempo hubiera comprimido majestuosas instalaciones antaño desplegadas en un espacio más razonable. Un arco sostenido por dos columnas separaba el lobby del bar, que ocupaba toda la esquina del edificio. No había mucho que pensar, y Sabor propuso tomar un café.

Instantes después estaban sentados frente a frente, mesa de por medio, conversando. Él había tenido la cortesía de cederle la silla que daba de frente a la recepción, con el resultado de que ella estuvo todo el tiempo mirando por encima de los hombros de él, atenta a que no se le escapara su presa. De modo que lo miró poco, pero Sabor pudo consolarse de esa desatención con la oportunidad que le daba de admirarla a sus anchas. Había bastante que admirar: los rasgos eran de una regularidad perfecta, el cabello castaño, que usaba corto, sedoso y brillante, las orejitas dos hojuelas de nácar rosa, y los ojos, que no enfocaban los suyos sino por fugaces instantes, dos botones de un verde dorado que tenía algo del mundo submarino y algo del amanecer de las galaxias. En cuanto al gesto, también tenía su ambigüedad: combinaba desorientación y decisión en partes desiguales y fragmentarias: hasta cierto punto era la chica que flotaba al azar en la vida sin saber lo que quería, y a partir de ese punto era la mujer segura de sus intenciones. Sabor creyó poder explicarse la duplicidad cuando la oyó decir que era artista plástica y que hacía «instalaciones» que se habían expuesto más de una vez en museos del país y de Europa.

Este dato era el prólogo necesario a la explicación de su presencia allí. Karina, que era unos años mayor que Sabor pero coincidía con él en la categoría de «joven», tenía a sus espaldas una esforzada carrera artística. En la época en que se había manifestado su vocación ya no tenía ningún mérito especial ser vanguardista, y ella lo había sido con la mayor naturalidad. A Sabor, que lo ignoraba todo del desarrollo reciente de las artes, la mención casual que hacía Karina de sus actividades le abría un mundo insospechado hasta entonces. No sabía, sinceramente, que hubiera gente que hiciera esas cosas. Y lo que supo entonces fue muy poco, casi nada, porque ella se limitó a mencionar unos pocos antecedentes de su último proyecto, que tenía que ver con «su-

perhéroes», reales o ficticios, grandiosos o risibles, buenos y malos. Con todos ellos se proponía crear una gran instalación interactiva, en formato de feria de atracciones y juegos. De ahí que, dijo, al enterarse de la presencia en la ciudad de Barbaverde hubiera tenido la idea de filmarlo o fotografiarlo o grabar su voz... No sabía bien qué podía hacer con él: dependía de la medida en que él estuviera dispuesto a colaborar.

—Pero Barbaverde no es un «superhéroe» —dijo Sabor.

En realidad nadie lo era en sentido literal, respondió ella; el concepto de «superhéroe» era de por sí un prisma bivalvo de ficción y realidad, metáfora del deseo de potencia realizándose en el sueño, el sueño de la aventura despertando en la metáfora. Por eso mismo le daba importancia a la figura ambigua (ella dijo «border») de Barbaverde, que tenía algo de parodia asumida, nietzscheano tercermundista, etcétera, etcétera.

De este fárrago de teorizaciones mal asimiladas, cualquier otro habría concluido que la bella Karina tenía una fenomenal confusión en la cabeza; Sabor quedó deslumbrado, aunque ya estaba deslumbrado de antemano, y le habría sido difícil explicar qué lo deslumbraba exactamente. Además, se le ocurrió que aun si no podía ver a Barbaverde, con Karina ya tenía una nota. Después de todo (lo descubría en ese instante) el periodismo tenía una flexibilidad temática que le permitía realizarse en cualquier nivel, en el de las causas y el de los efectos por igual. Se lo dijo y ella estuvo de acuerdo, tan de acuerdo como si lo hubiera dado por sentado desde el comienzo.

Cuando Karina sugirió que probaran de nuevo (había llegado a la conclusión, y se asombraba de no haberlo pensado antes, de que Barbaverde debía de haber estado en la ducha cuando lo llamaron antes), Sabor no hizo nada por prolongar el *tête-à-tête*, como habría hecho en otra ocasión, porque ya se sentía asociado a la bella artista, y estaba seguro de que seguirían operando juntos al menos por el resto de la mañana. Pagó, y cuando lo hacía le preguntó al mozo si no lo había visto desayunando a Barbaverde. Debió de formular mal la pregunta, porque el mozo se retiró sin siquiera responderle.

Volvieron al lobby, donde la actividad se había multiplicado. Llegaban o se iban pasajeros, y el equipaje cubría el suelo, ha-

ciendo difícil desplazarse. Antes de que hubieran encontrado el camino para acercarse al mostrador, se les acercó la empleada de la recepción:

—¿Ustedes buscaban a Barbaverde?

—Sí —respondieron a dúo—. ¿Está? ¿Bajó? —Y, adelantándose a la respuesta barrieron con la mirada el reducido espacio atestado del lobby.

—Les recomiendo que no pierdan el tiempo —dijo la mujer—. Está encerrado en su habitación y no contesta el teléfono. Ni siquiera lo oye, porque está escuchando música a todo volumen con auriculares.

—¿En serio? ¿Todo el tiempo? ¿Y para eso vino a Rosario?

—¡Está loco! —dijo la mujer encogiéndose de hombros y pasando por encima de unos bolsos se puso a hablar con un grupo de turistas.

Karina y Sabor retrocedieron hacia la escalera.

—¿Será cierto?

—¿Y ella cómo lo sabe?

—Seguramente por las mucamas, que se enteran de todo lo que pasa en el hotel.

—Eso me da una idea —dijo Sabor mirando hacia arriba con los ojos entrecerrados—. Podríamos pedirle a una mucama que nos abra la puerta, y le hacemos señas.

Era un plan bastante absurdo. En realidad él no tenía ningún interés especial en encontrarse con Barbaverde, y sospechaba que para Karina tampoco era cuestión de vida o muerte. Pero le gustaba el papel que había asumido, del reportero encarnizado que agota todos los recursos para obtener la noticia. Por supuesto, se había abstenido de decirle a su reciente amiga que era su primer día en el diario, y la primera misión que le encomendaban. Todo su conocimiento del trabajo periodístico derivaba del cine y las historietas, y actuaba en consecuencia. Si estos hechos hubieran sucedido apenas una semana después, la experiencia acumulada en siete días habría bastado para hacerlo proceder con más realismo. En su ignorancia de «primera vez», se portó como un personaje novelesco, y los hechos respondieron haciéndose tan aventureros y fantásticos como nunca habría osado esperarlo.

Una mirada al mostrador, para comprobar que nadie se fijaba en ellos, y subieron. La escalera era de mármol blanco, los bordes de los peldaños redondeados por el desgaste del tiempo: dos tramos largos por piso, pues los techos del hotel eran altísimos. En el primer recodo, cuando quedaron fuera de la vista del lobby, Sabor se relajó y empezó a gozar de la travesura. Karina iba adelante, sus piernas largas hundidas en pantalones ajustados moviéndose rápido. Era liviana como una niña; Sabor no le sacaba los ojos de encima, lo que hizo que tropezara un par de veces, aunque sin perder el equilibrio. El primer piso, el segundo...

—Ya estamos.

En el pasillo reinaba una oscuridad casi total. Se internaron por él leyendo los números de las puertas, hasta ver el 311. En todo el ascenso no se habían cruzado con nadie, y en el tercer piso, además de la soledad, el silencio era absoluto. Hablaban en susurros, y se oían respirar. Más que subir, les parecía haber bajado a un profundo subterráneo, en el que la vida se hubiera extinguido muchos siglos atrás. Se quedaron indecisos frente a la puerta. Karina apoyó la oreja contra la madera, escuchando. Los ojos le brillaban en la penumbra.

—No se oye nada.

—Si hubiera una mucama... ¿Habría mucamas en este hotel?

—¿Llamamos?

Sabor tragó saliva. Asintió con la cabeza. Como un caballero, golpeó él: toc toc toc. La madera de la puerta era sólida y no retumbaba. Se dio ánimos y volvió a golpear con más fuerza.

—Si no oye el ruido, debería sentir la vibración. —Volvió a golpear. Nada.

Karina miró a su alrededor, levantando el mentón. En el extremo del pasillo había un florero de pie, con unas ramas secas adornadas con pompones también secos de inflorescencias amarillas.

—¿No sentís un olor raro?

Sabor olfateó ruidosamente.

—Sí. Es un olor a...

—...

Envalentonado, Sabor volvió a la escalera y miró hacia arriba y abajo. Volvió diciendo que no veía a nadie. Karina había sacado un bloc de la mochila que llevaba a la espalda:

—Voy a dejarle una nota.

—Yo también.

Sacó su anotador, la Bic, y empezó: «Señor Barbaverde...». Hasta ahí nomás llegó su primer impulso; entrecerró los ojos pensando cómo formular la frase introductoria. Lo distrajo el susurro del lápiz de Karina sobre el papel. Lanzó una mirada disimulada y vio con sorpresa que ella estaba dibujando. No podía ver qué, pero supuso que adornaba su nota de presentación con una viñeta, como para impresionarlo favorablemente y hacerle saber que era una artista. Él no disponía de tales recursos; debía hacerlo todo con la palabra. Y le convenía hacerlo rápido. Como la vio terminar y arrancar la hoja del bloc, se apresuró a escribir, y le salió algo bastante confuso y desprolijo.

Pasaron los dos papeles por debajo de la puerta, volvieron a escuchar un momento, y se retiraron. Cuando llegaban a la escalera, hubo un momentáneo parpadeo de la luz, casi imperceptible, pero bastó para sobresaltarlos, tan tensos estaban. Se volvieron, y no había nada. Aunque a Sabor le pareció ver por un instante, frente a la puerta de la 311, un objeto flotando en el aire, algo vagamente parecido a una pipa. Encima de la cazoleta, una nubecilla rosada, transparente, y en su centro un gusanito verde. No le dijo nada a Karina, que ya estaba bajando. Pensó que debía de ser uno de esos fosfenos que producen en conjunto la mente y el ojo, en esta ocasión favorecido por la atmósfera encerrada, el olor, la penumbra, el estado de nerviosidad en que se encontraba. Más tarde se le ocurrió que quizá no había sido un invento de su fantasía sino algo objetivo, para lo cual había una explicación: una corriente de aire podía haber hecho volar desde abajo de la puerta el papel de Karina, y lo que él había visto era su dibujo.